



RECENSIONES

José Luis Martín Ramos, *La Internacional Comunista y la cuestión nacional en Europa (1919-1939)*, Barcelona: El Viejo Topo, 2021, 364 páginas, por Andy Fernández Torre (Universidad de Barcelona), andyfdztorre@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2023.7317>

Martín Ramos no es un historiador conocido por el gran público, pero las publicaciones de este catedrático ya jubilado están bien documentadas y sólidamente argumentadas. De su obra, centrada en su mayor parte en el estudio del movimiento obrero y la Guerra Civil, es imprescindible *El Frente Popular: Victoria y derrota de la democracia en España*, una Historia de España desde Cataluña con una perspectiva transnacional. Este enfoque o punto de vista da un salto en su último libro sobre *La Internacional Comunista*, donde nos ofrece una Historia de Europa que se sirve del marxismo y la cuestión nacional como hilo conductor y que se adentra en el curso político mediante una explicación histórica de teoría política, sintetizando teoría y praxis con una perspectiva amplia, rigurosa y no como un tratado filosófico que pudiera agotar el tema. Aunque pueda resultar una obra densa por su contenido, la buena escritura se acompaña de numerosas notas a pie de página.

La publicación de este libro viene a darse en un momento de vigencia sobre el debate de la cuestión nacional en la realidad actual de la sociedad española, del que nuestro país es sólo un apéndice. Comienza con una sintética aproximación al problema de las nacionalidades y la autodeterminación desde el marxismo citando a distintos autores, desde Marx hasta Stalin, pasando por Bauer o Luxemburgo. Es difícil encontrar tan buen resumen de Bauer, sin embargo en el caso de Luxemburgo quizá resulte insuficiente, y es posible que el autor no lo haya desarrollado más por tratarse de un personaje menos determinante o influyente en el tema tratado. Lenin y el afrontamiento del problema del parto soviético y la III Internacional en la Europa del período de entreguerras son el tema central de este libro. Son muchas las cuestiones que no se abordan, lo que nos deja con ganas de otra entrega que confronte la evolución hacia la cuestión nacional en la Guerra Fría, y de su interpretación sobre la interacción marxista con las

corrientes que emergieron en el 68, lo que nos llevaría a entender mejor el origen de los planteamientos actuales. Tampoco aborda el autor la relación existente entre el planteamiento de Lenin y la fragmentación de la URSS y Yugoslavia.

La primera gran impresión se produce al leer la buena disección que el autor realiza sobre Lenin en su complejidad tratando todos los matices de su postura y sus condicionalidades, en una riqueza de planteamiento no exenta de problemas, y en la que recurre a distintos materiales utilizados en los congresos en los que ha participado. No es habitual encontrar a un autor con esta capacidad de síntesis, teniendo en cuenta que gran parte de la producción de Lenin es habitualmente ignorada, siendo necesario acudir a sus Obras completas para conocerla. Es interesante la aportación que hace el autor al observar que no se entiende a Lenin sólo recurriendo el archicitado y más famoso texto sobre la cuestión nacional, señalando las diferencias con Stalin y sobre todo con la simplificación sesgada, cínica, dogmática, abstracta e instrumental que hace la Internacional y que aún resuena.

Una de las tesis más interesantes del autor se centra en señalar cómo este reduccionismo no sólo es criticable intelectualmente, sino que también lo es en términos prácticos, y lo hace presentándonos los fracasos cosechados que impidieron otras vías posibles, que probablemente hubiesen sido más provechosas para afrontar la cuestión nacional, como por ejemplo el federalismo. Parece poco discutible el acierto del autor en su defensa de un materialismo que se adapte a las circunstancias y que esté abierto a concretarse en diversas fórmulas frente a posturas universales y acríticas. Más difícil de consensuar son las consecuencias de su postura. No estamos ante un mero libro de Historia, sino de una invitación a rehuir dogmas y plantear alternativas críticas, comprender el pasado para repensar nuestros problemas y buscar nuestras propias soluciones. Pues parece que el sesgo del maquiavélico Stalin sobre Lenin ha llevado a la izquierda a no comprender la complejidad de la cuestión nacional, que, siguiendo la estela de Marx, no hace indispensable para su resolución el postulado nacionalista triunfante de Mancini “A cada nación, un estado”. Es decir, entender la autodeterminación como el derecho inalienable a un estado propio y la secesión en todo momento y lugar, de la misma manera que la postura marxista no es obligatoriamente la jacobina: a cada estado, una nación.

Es en este sentido y contexto es donde la obra invita provechosamente a entender el giro en la cuestión nacional de la política del Frente Popular, que volvería al punto de partida de Lenin planteando una solución dialéctica, materialista, propia y concreta. Por ejemplo, en el caso

hispanico se entiende que el derecho de autodeterminación pudo reinterpretarse como una defensa de la autonomía de las nacionalidades dentro de la república democrática española. Sin embargo, Martín Ramos no entra aquí de forma expresa en la crítica, pues por muy razonable que fuese, resulta de interés debatir sobre una solución que, a pesar de funcionar, lo hizo en un breve y particular lapso temporal, que resultó problemática y cuyo desdibujamiento podría ser uno de los factores que nos ha llevado a la confusión actual.

Este libro demuestra la utilidad e importancia de la Historia y su lectura promueve un planteamiento más complejo del problema, pero no ofrece nuevas soluciones que puedan conjugar identidades nacionales, ni que puedan evitar que el reconocimiento de la cohabitación nacional derive en divisiones, acusaciones y resentimientos; ni cómo apelar y movilizar a las distintas identidades enfrentadas. Y es ésta una cuestión que urge, ya que las propuestas definidas como “plurinacionales” para resolver este problema no parecen funcionar, al no conseguir movilizar ni a las identidades mayoritarias, ni a las minoritarias, dejando el potencial de ambas a merced de los respectivos y antitéticos nacionalistas. En cualquier caso, estamos ante un planteamiento que resulta muy valioso y sugerente, pues se concentra en diseccionar el pasado y recordar el mandato marxista de adaptar dialécticamente las propuestas políticas, así como de recordar la existencia de las distintas posturas o de la diversidad de pensamiento dentro de una misma corriente: desde Bujarin a Radek o Markovic.

Otro punto fuerte de la obra es considerar cómo la cuestión nacional también fue un problema en Alemania o Francia, y no una cuestión exclusiva de países multinacionales del Este de Europa o la disputada Iberia. En el país del chovinismo el propio Partido Comunista Francés tenía problemas con la identidad mayoritaria. Lo que se demuestra con el hecho de que hasta 1935 y en un contexto de frentepopulismo, no se celebró la fiesta nacional del 14 de julio, corrigiendo entonces una trayectoria de rechazo al himno y la bandera nacional (p. 339). También cabe citar los infructuosos pactos con nacionalistas sin estado, por lo que no parece que la relación con la cuestión nacional de sus camaradas españoles fuese excepcional en los años 30. Sobre este último caso se nos ofrece una buena visión sintética que parte de la crisis de la Restauración. Es de destacar que el autor se beneficia de su conocimiento de Cataluña al explicar al PSUC, así como a Nin y Maurín, enfatizando la distancia del último con el marxismo, pero sin entrar a explicar su particularidad.

Este ensayo empieza y termina con Irlanda, pero creo que trata de apelar al presente al tratar sobre un país arrollado por el nacionalismo, pero que tantas esperanzas despertó en tiempos de Marx y Lenin. Incluso, como mostraba hace unos años una película de Ken Loach, un líder socialista fue deportado como “alien”. Pero también resultan de mucho interés los capítulos sobre Yugoslavia y Checoslovaquia, realidades muy marginadas e interesantes que exponen los fracasos de la estrategia de la III Internacional y que indirectamente apuntan que olvidamos que las ocupaciones soviéticas de la II Guerra Mundial ocultaron los fracasos de los comunistas en los convulsos años de Entreguerras. Y como sugiere el autor, había más opciones que el autodeterminismo retórico que tan pocos frutos reportó. Había material para refundir naciones y proponer otros modelos territoriales.

Por último, señalaré que resulta singular que el autor, a pesar de estar bien cultivado -o precisamente por eso- se muestra escéptico respecto a la posibilidad de definir qué es una nación y cuántas hay. ¿Puede el marxismo resolver esto de forma unívoca? ¿Le corresponde? En definitiva, se trata de una obra de interés que nos sirve para recopilar datos con los que abordar el tema de la cuestión nacional con un poco de rigor y profundidad, o bien introducirse un poco más allá de las consignas más habituales.